

Capítulo 5

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Testimonio personal

FÉLIX DENEGRI BOZA

Vivir, naturalmente, nunca es fácil

ALBERT CAMUS

Es tarea difícil para un hijo escribir sobre su padre en un libro en el cual se rinde homenaje a su incansable y destacada labor de investigación histórica. Complejo trabajo es el de encontrar un equilibrio entre la persona privada y la persona pública conocida, particularmente por intelectuales, académicos y políticos, cuando los lazos son tan estrechos. Sin embargo, es un compromiso ineludible realizar este esfuerzo al que me impulsa el cariño a su memoria.

Escribir sobre mi padre resulta para mí recordar el perfil de su poderosa personalidad y, especialmente, las ideas que dieron forma a su carácter y espíritu, al hombre de profundos valores republicanos, a la persona que creía que el Perú transitaría hacia un destino superior, sobre la base del esfuerzo y la constancia individual, elementos que fueron los únicos medios que conoció para mejorar su situación y su entorno. En su persona lo individual estaba fuertemente enlazado con lo social; aunque si bien es cierto que él consideraba que existían diferencias claras entre ambas esferas, la una fortalecía y daba sentido a la otra.

Por ese motivo criticó «la actitud egoísta y errada de algunos caudillos de la Independencia, que por desmedidos apetitos personales, determinó que se aprovecharan del cerrado espíritu localista y de las dificultades de las comunicaciones en el gigantesco y agreste espacio geográfico sudamericano, para conducirnos a una debilitante desunión». Era consciente, al decir de Alberto Flores Galindo, de que «la independencia, en sentido estricto, no fue un acontecimiento político nacional sino continental»; por ello nos advirtió que debíamos evitar «que se perpetúen enfrentamientos estériles, que las más de las veces suelen estar al servicio de mezquinos y transitorios intereses políticos» donde lo personal va en perjuicio de lo social».

Frente a esta actitud contraproducente, él busco en América, particularmente en nuestra patria, los ejemplos de un pasado vivo para encontrar un derrotero y los valores que sustentarían su actividad vital. En ese sentido, una de las

personalidades históricas que más le entusiasmo del Perú fue don José Antonio de Lavalle, quien en momentos en que nuestra nación atravesaba por una de las coyunturas más críticas de la historia republicana, supo encarar los graves problemas y urgencias de su tiempo con acuciante conciencia, la que nos es revelada en la carta que le escribe al general Miguel Iglesias al responder a la solicitud de negociar el acuerdo de paz con Chile luego de la Guerra de 1879: «desde que abrigo, no de ahora, sino desde que llegué de Europa en 1881, la profunda convicción de que la paz posible es el único medio de salvar lo que aún nos queda de patria, así como que el que la firme, firma quizás su sentencia de muerte material y, de seguro, la de su muerte política, no puedo vacilar. Me pone Ud. a elegir entre cooperar a la salvación probable del Perú y mi propio sacrificio; acepto, y doy a Ud. las gracias porque me ha creído a la altura de la situación que me impone».

Estas breves palabras —que elevan a don José Antonio a la categoría de héroe civil, ya que con su ejemplo de generoso desprendimiento y sacrificio nos enseñó, por un lado, la actitud que se debe adoptar por el bien nacional y, por el otro, la dignidad de un hombre de proyección histórica—, describen la fe de mi padre y sus raíces republicanas.

Cabe resaltar que a pesar de ser un hombre apasionado, nunca ello se convirtió en un obstáculo para comprender situaciones y valorar hechos en su real dimensión, porque fue tolerante con los que no pensaban como él y solamente intransigente con los estudiosos poco serios que caían en los «patrioterismos fáciles y dañinos», según sus palabras. Fue a la vez, y sin contradecirse, un hombre de convicciones firmes, ya que nunca confundió tolerancia con pusilanimidad. Por ello fue generoso con su biblioteca, sin cerrar las puertas a nadie que considerara un investigador responsable, más allá de sus ideas políticas, formación académica o nacionalidad.

Por estas razones la herencia más valiosa que me dejó fue el ejemplo de su infatigable empeño e inquebrantable espíritu constructivo, ya que en un país en que según denunciaron algunos viajeros prominentes, como el sabio alemán Alexander von Humboldt, «un egoísmo frío gobierna a todos, y lo que no sufre uno mismo, no da cuidado al otro», él derrochó sus energías por el bien general de la nación —desde su oficio de historiador, su trabajo de abogado y sus relaciones personales—, lo que significó abrirse a otras realidades y tender puentes de entendimiento con los ciudadanos de otras repúblicas, manteniendo como peruano una visión regional de los problemas nacionales, al comprender que únicamente la unidad y la integración nos permitirían alcanzar un destino mayor. Solo ello puede explicar su dedicación y capacidad para erigir, sin muchos recursos financieros propios, su biblioteca personal, hoy donada a la Pontificia Universidad Católica del Perú, para que con el nombre Félix Denegri Luna se convierta en un espacio autónomo de investigación histórica y social.

Y aunque la vida perdió
nos dejó hartos consuelos
su memoria

JORGE MANRIQUE

Su muerte acaecida en la ciudad de Quito el 6 de diciembre de 1998 fue un acto real y simbólico. Real porque nos dejó para siempre y ya no lo veremos más entusiasmarse al iniciar una investigación y buscar los compañeros idóneos para emprender el proyecto ni sentado en la biblioteca en medio de sus queridos libros. Simbólico porque nos dejó el recuerdo imborrable de un luchador que buscaba rescatar los valores que nos darían, de cultivarlos, una patria más grande, hermosa y fuerte. Las armas que utilizó para dicho fin fueron la honestidad, el cariño, la pasión, el trabajo y la constancia, como ejemplo de que cuando uno persevera con voluntad y amor es posible alcanzar grandes metas.

Buenos Aires, 20 de diciembre de 1999